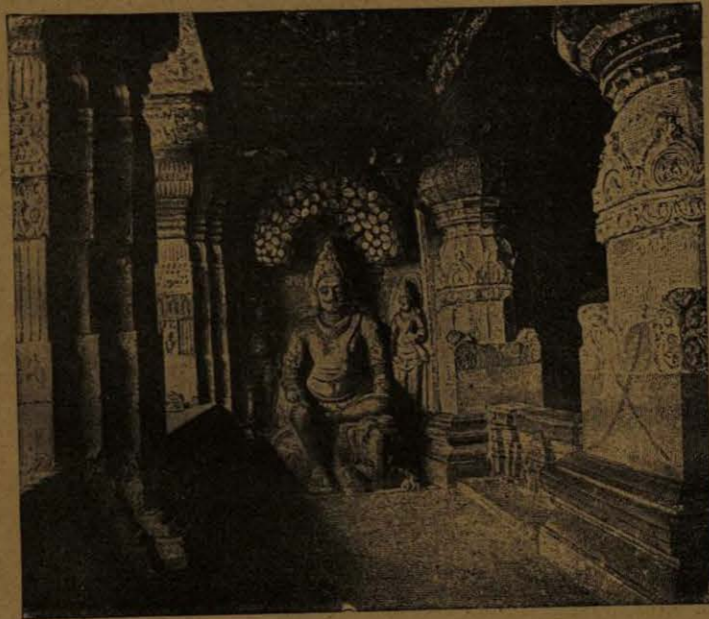


como desposado, otras como esposo y como hijo de la aurora ó Ushas. En otros himnos se le llama ojo de Mitra, de Varuna, de Agni y de Indra, y éstos le señalan el curso que ha de seguir. De la esencia de Sûryâ, nombre derivado de *svar* ó *sûr* que significa sol y luz del sol, participan otras divinidades, que se ensalzan unas veces como esencias aisladas y otras confundidas con él. Así Savitar es otro dios del sol, que el cantor sagrado describe con cabellera y brazos de oro, todo rutilante de luz, sentado en carro, también de oro, tirado por corceles de mismo color, menos los pies que son blan-



Sala de Indra en el templo de Elora.

cos. También el sol, bajo este nombre, despier- ta á todo el mundo á nueva vida y actividad, y distribuye á los mortales toda clase de bienes, dando á los dioses la inmortalidad.

Otra forma del dios del sol se llama Pashan, que «nutre, aumenta, fomenta y hace prosperar». Da ricas cosechas, multiplica los ganados y los hijos, aparta los peligros, ahuyenta los ladrones, apaga la tea del incendiario, auxilia á los suyos en el combate y guía las almas de los difuntos «á las moradas de los buenos». De este último atributo nada dicen, sin embargo, los himnos antiguos, y los posteriores lo conceden también á Savitar. En general parece que el astro del día, cuyo culto es antiquísimo, era venerado bajo el triple aspecto de alumbrador brillante, de vivificador y de alimentador é impulsor; sólo que los poetas y el pueblo

confundían los nombres de Sûryâ, Savitar y Pashan. La imagen del sol, una rueda de muchos rayos, á veces en compañía de figuras de caballo representando los que tiran del carro del sol, era en tiempo de los himnos más antiguos de los Vedas un ornamento favorito para coronar las columnas sagradas llamadas *çakra* y otros monumentos religiosos, como símbolo del poder divino y quizás del de los soberanos de la tierra.

En la historia de la India antigua la guía principal para el historiador son los himnos y demás trabajos literarios reunidos en los Vedas.

Por ellos se puede formar una idea de sus autores y hasta cierto punto del pueblo al cual pertenecieron, teniendo en cuenta que el idioma en que expresaron, su mundo de ideas, sus conocimientos y el clima en que vivieron, eran muy diferentes de los nuestros. Examinando así la literatura india, se ve que los autores de estas obras no solamente eran poetas de riquísima fantasía y gran elevación de espíritu, sino también pensadores, y que, aunque hijos de su época y de su pueblo, se elevan sobre el pueblo y sobre su época hasta una altura á que jamás han llegado en igual

proporción los poetas más notables de otros pueblos.

Algunas divinidades, como Varuna (Urano), Sûryâ (el sol, Apolo, etc.), y Usha (la aurora), fueron importadas por los indios aryas desde su patria primitiva á aquella á que se trasladaron. Otras divinidades, personificaciones de las primitivas, y asociaciones de éstas con otras aceptadas posteriormente, como Aryaman, Agni Varuna, Mitra y Yama, son particulares de los aryas, persas é indios, si bien cada uno de estos dos pueblos las ha imaginado, y, por tanto, modificado á su manera. Otras divinidades, finalmente, empezando por Indra, son ya que no originarias de la India, á lo menos creación particular de los indios-aryas y de consiguiente adaptadas á su índole especial, á las condiciones del país y del ambiente que las rodeaba, y

á los sucesos que influyeron en su historia, todo combinado con las ideas y circunstancias que trajeron de su patria primitiva.

Entre los seres sobrenaturales temidos, venerados é implorados por los indios en la antigüedad de que nos han conservado los Vedas monumentos literarios y que cedieron con el tiempo su puesto á una nueva serie de divinidades, hay que citar al genio del trueno, el fecundizador Paryanya, el Percons de los celtas y el Percunas de los lituanos. Anunciaba su llegada desde lejos con estampidos y con relámpagos; abría las cataratas del cielo y revivificaba á los hombres, los animales y las plantas. Lámale un himno «el león Paryanya», que fué vencido y luego oscurecido por Indra y Rudra.

El dios Rudra es el dios de la tempestad y por tanto también del trueno. Es, según un himno, formidable, semejante á la nube que despide fuego, terrorífico pero bello, activo como nadie y de color rojo oscuro con el rayo bajo el brazo. Su figura es muy variada y su cuerpo atlético está adornado de oro reluciente. Quizá sea este dios un retrato exagerado de los *dasas*, los habitantes autóctonos de la India. Muchísimos fueron los hijos, llamados Marut, que tuvo con Rudasí y que figuraban en la hueste de Indra. Lo singular es que las contadas invocaciones que se encuentran en los himnos, llaman á Rudra «el mejor de los médi-

cos», y le celebran á él y á sus hijos por los remedios medicinales que facilitan al hombre para devolverle la salud y el vigor. Es posible que este Rudra medicinal y bienhechor, se confundiera, en época posterior á los Vedas, con

el dios Siva, del cual hablaremos después.

Citaremos á otro dios de época posterior, como ejemplo de modificación religiosa, á Vishnu, dios del sol también, y Pûshan, compañero de luchas de Indra. Los pocos himnos dirigidos á Vishnu, que fueron incluidos en los Vedas antes de cerrar esta colección, tienen carácter místico y llevan el sello de una época muy distante ya de los himnos antiguos. En estos himnos figura Vishnu todavía como una divinidad

no inferior en poder, porque el poeta le atribuye omnipotencia, pero sí de poca importancia.

Esta independencia mutua de las divinidades de los indios, es uno de sus caracteres más especiales. Para el antiguo poeta, tan grande y tan poderosa era una divinidad como otra. Res-

pecto de su multiplicidad hay que suponer, que á aquellos poetas, como otros in-

dividuos, familias y grupos de familias, tenían sus divinidades particulares, y les daban nombres especiales según el concepto bajo el cual los veneraban, quedando así abierto un campo ilimitado á modificarlas y multiplicarlas (como las que representan el sol), crear gradualmente divinidades nuevas, dejar caer en desuso otras,

dar nueva y mayor importancia á las que antes habían desempeñado un papel insignificante, y elevar simples cualidades, á medida que se apreciaban más, á divinidades nuevas é independientes de las que antes adoraban. De esta suerte, divinidades á primera vista relativamente modernas, existían ya como atributo de otras en remota antigüedad, como, por ejemplo, Daxa, el inteligente, el apto y enérgico, y Soma, que repre-



Danzarinas indias. (Bajo relieve antiguo.)



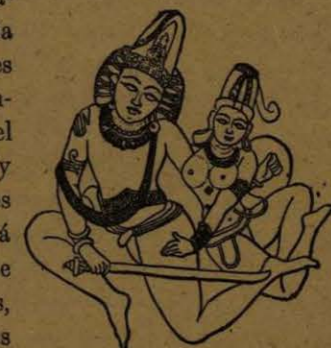
El dios Gayatri.



Escultura del templo abierto en la Peña de Daramsiva.



Mujeres casadas de la antigua India con el pañuelo signo de su estado.



Siva y Parvati. (Del templo de Badami.)

senta la virtud vigorizadora y excitante de la bebida fermentada del mismo nombre.

Sólo cuando el hombre ha dado un título á los objetos y fenómenos que le rodean y que afectan sus sentidos, se establece una relación entre él y estos fenómenos, ó mejor dicho, el hombre da nombre á todo objeto y á todo fenómeno que de una manera ú otra excita su atención. Pero una vez dado el nombre, este inflúa junto con el objeto ó fenómeno en la imaginación infantil del hombre durante los primeros períodos de la sociedad. El genio del idioma y la existencia de nombres para ideas abstractas, como virtudes, vicios y aptitudes, condujeron al hombre á darles en su imaginación alguna forma corpórea ó semicorpórea, cuando no enteramente personal, y á divinizar ciertas ideas atribuyéndoles además un sexo. A esto se agregaron con el tiempo el sentimiento poético, y en los indios su índole mediatunda y su fantasía desenfrenada, produciendo todo esto junto las innumerables creaciones de seres sobrenaturales que empezaron por ser simples personificaciones, como Daxa, de la voluntad enérgica y Amça, de la participación.

Lo que hemos dicho de la influencia de los nombres y del genio del idioma en la mitología de un pueblo, se aplica también á las voces numerales con las cuales se entretenía la imaginación de los arya-indios. En los himnos de los Vedas juega mucho, además del número 3, el tres veces 11: «Vosotros—dice un himno—los 33, que venera Manu, vosotros, los destructores de enemigos, seréis también glorificados por nosotros»; y otro himno: «Vosotros los Aqvines, bebed la soma en unión de todos los dioses, los tres veces 11, con los de las aguas, con los Marut y Brighu, con Ushas y Súrjá.» Otro himno invita á Agni á llevar á los 33 dioses con sus mujeres á participar de la soma ofrecida en el sacrificio. Estas divinidades reinan en la atmósfera, en el cielo, y son divinidades de luz. Otras tienen su campo de acción en la tierra y en las aguas. Otras tenían á su cabeza á Varuna, ó Mitra y Varuna, y éstas á Indra. No detallan ni fijan los libros Vedas la especialidad ni la agrupación de tales divinidades, ni dan razón alguna de por qué son en número de 33. En un himno antiguo se habla de 99 dioses, ó sea de tres veces 33.

Todo esto confirma que en la mitología de los indios arya no había ni sistema, ni genealogías,

ni fijeza de atribuciones. Todas las divinidades se invocan aisladamente ó en unión con otras, sin que hoy día veamos una razón para ello, aunque para el arya-indio de aquella época acaso tuviera alguna. Sólo la asociación de Agni á varias divinidades podemos explicarnos, por ser el fuego, que Agni representa, la base y el principio de todos los sacrificios. Los autores de los himnos hablan de dioses padres, como Dyaus y Prithivi; de hijos, hijas y madres de dioses; pero estos son calificativos meramente poéticos, como se ve por Aditi, á quien invocan como madre de los Adityas existentes antes de ella y por Ushas, que tan pronto es madre como esposa del dios sol, y por Agni é Indra, que son hermanos y otras veces dioses sin parentesco alguno. Lo mismo puede decirse de la edad, de la vejez ó juventud, de la magnitud ó pequeñez de todas estas divi-



Durga. (Estatua del templo de Badami.)

nidades innumerables, de las cuales dice un himno dirigido á todas juntas: «Entre vosotros, dioses, no hay ninguno pequeño, ni ninguno niño; todos sois grandes por igual.»

Muchos himnos son probablemente compuestos de fragmentos de otros himnos é invocaciones de origen más antiguo. Otros son imitaciones de los antiguos, pero obra de época relativamente más moderna; pero en aquéllos y en éstos se siente el hábito de la fe y devoción más sinceras, y de la antigüedad é infancia de un pueblo profundamente religioso, cuyos conceptos sencillos se transmitieron de generación en generación en toda su naturalidad primitiva, hasta que hubo sacerdotes de oficio y se transformó la religión natural é ingenua en un cuerpo artificioso. En los himnos posteriores se cita á Manu, el padre de la raza aryo-india, á Angiras, á Dadhyank, á Kanva y á Atri como los poetas religiosos más antiguos «cuya ascendencia se confunde con los dioses, como la de los poetas más modernos (de

los Vedas) con la de aquellos cantores primitivos». Bien puede decirse que los arya-indios en el principio de su existencia dirigían plegarias, himnos y sacrificios á la multiplicidad divina de que se veían rodeados allí donde se hallaban y que los dirigía en todas sus empresas, en la paz y en la guerra, juzgando prudente y forzoso someterse á su poder.

Religión, moralidad y culto exterior de los indios arya.

El indio tenía gran fe religiosa, conforme lo atestiguan los Vedas. Cuanto pensaba y hacía este pueblo estaba relacionado con sus dioses y su intervención en la vida del hombre. Esta intervención consistía en un cambio de favores y obsequios. Los dioses concedían ó podían conceder al hombre lo que solicitaba de ellos, y el hombre en cambio rendía á los dioses veneración y culto. Sin el culto, los dioses no podían, al parecer, existir en ningún pueblo, y los hombres no podían existir tampoco sin sus dioses, ni detener ni contrariar su voluntad é intenciones. Estas relaciones entre hombres y dioses forman la regla sagrada llamada en los Vedas *ritam*, por la cual se rige el mundo físico, el moral y el espiritual. El amor á este orden, su observancia y fomento es, según dicen muchos himnos, «lo que ha elevado á tan gran poder á Mitra y á Varuna, cuyo ojo, el sol resplandeciente, y cuyas vigias, las estrellas, vigilan de día y de noche para el sostenimiento del orden». «Ellos hacen prevalecer lo que es justo, y destruyen lo que es contrario á la justicia; ellos arreglan el curso del tiempo, los años, los meses, el día y la noche; ellos han instituido los sacrificios y el canto sagrado; ellos están identificados y han nacido con este orden sagrado, y á ellos, los terribles enemigos de lo que va contra el orden, corresponde velar por él.» Las oraciones y los sacrificios forman naturalmente parte de este orden inmutable, y la observancia de estos deberes constituye, como dice otro himno, «el camino de lo que es justo, camino trazado por los dioses al hacernos conocer el orden».

Evidentemente realiza un progreso el pueblo que llega á la convicción de que el mundo obedece á leyes eternas y no es un conjunto de cosas sin plan ni sistema ni orden, y á esta convicción había llegado, al parecer, la rama arya indo-persa antes de emigrar de su patria primitiva, pues de otro modo no habrían tenido los

dos pueblos las nociones de lo que es justo y debe observarse, y de lo que es contra la regla eterna de la justicia, nociones de que tantas pruebas ofrecen los antiguos himnos. No habían llegado á tanta altura ni mucho menos las demás ramas arya cuando emprendieron su marcha hacia el Oeste, sin exceptuar la rama greco-italica, porque si bien los griegos tuvieron ya en época remota sus Erenyes, que para el pecador que había expiado su pecado se transformaban en bondadosas Euménides y eran protectoras de la población rural siempre víctima de atropellos brutales, no representaban, como entienden los antiguos himnos de los Vedas, los deberes morales entre los hombres en general, entre los hijos y sus padres, entre hermanos, entre esposos, ni los que unen á los hombres con los dioses ni, en fin, la moral universal.

Lo justo, ó sea lo que está conforme con el orden sagrado del mundo, es también lo verdadero. Lo contrario es error, falsedad y mentira; y la mentira y falsedad eran abominadas por los antiguos indios arya y continuaron siéndolo durante largos siglos, hasta el punto de que el cumplimiento de la palabra dada y la veracidad fueron elevados á ley religiosa fundamental. Varios himnos antiguos se expresan así relativamente á este punto: «Los mentirosos no han de disfrutar del licor de soma.» «Como una piedra lanzada por la honda, el flamífero dardo de Indra herirá á los amigos falsos.» «Los dioses ya saben quién es falso y quién no.» Otros himnos invocan á los dioses en contra de los hombres traidores é intrigantes: «En los dioses—dice un himno—todo es verdad y positivo; ellos mismos, Agni, Indra y Brihupati, son fieles sin falsedad ninguna, y como Mitra, Varuna y Savitar, son todos los dioses firmísimos en la verdad.» Por esto son verdad las obras que ejecutan, y por esto las oraciones para decir, así sea ó amén, dicen «sea verdad».

Un pueblo tan amigo de la rectitud y la verdad debía ser también cariñoso y liberal para con el prójimo, y generoso y amigo de la virtud en acción. Por eso también algunos himnos suplican á Agni, el dios del hogar, el mejor amigo de la casa, que aparte de ella el odio y la maldad, que libre de envidia á los mortales, é invocan á Indra contra la envidia de los enemigos. Otros himnos presentan á los dioses como enemigos del egoísmo, de la mezquindad y de la avaricia, si bien esto se refiere sobre todo á

los que no se muestran generosos para con los poetas y los dioses. Hay también uno de los cantos más bellos, si no de los más antiguos, que recomienda la caridad en general. «Los dioses no quieren á los avaros.» «Para el avaro no tienen sonrisas las magníficas auroras. Los ruines han de estar en estancias sin luz.» «El que no da nada, no tiene derecho á que Indra se cuide de él.» En otro himno se suplica á Púshan, el dios Sol, que haga dadivoso al avaro y que ablande el carácter del ruin, y las primeras estrofas del himno que recomienda la caridad dicen: «No es sólo el hambre la que mata á las personas cuya muerte han decretado los dioses, porque también mueren los hartos. El que socorre con cariño, no verá acabar su abundancia; y el que no tiene cariño, tampoco encontrará misericordia.» «El que rechaza empedernido al que tiene sed, y no da de comer, sobrándole, al hambriento, tampoco encontrará misericordia.»

Este himno no es, á la verdad, de los más antiguos, pero entre éstos los hay que recomiendan la hospitalidad, y aborrecen todo lo contrario á la sana moral, y lo que engendra ó es fruto del odio entre los hombres. Así dice un himno: «Como al hombre egoísta, arroja Indra al vanidoso y soberbio.» Y otro, glorificando á Indra, dice: «Odia á los soberbios que en la prosperidad se engríen.» Hay otros himnos que señalan á Agni como custodio de la justicia, é invocan la protección de Indra contra el desprecio, las malas lenguas y los pendencieros. Otros amenazan al hombre artero, engañador y perseguidor, con la pérdida de los bienes que ha recibido de los dioses. Otros dicen que el dios á quien el devoto invoca cuando se ve amenazado por ladrones y hombres de intenciones perversas, acude y salva al creyente del peligro.

En la guerra y en el combate franco no tiene obligación el indio de respetar ni la vida ni la propiedad del enemigo. El vencedor se queda como botín legítimo con lo que perteneció al vencido. Así lo reconocen ya los antiguos himnos; pero fuera de este caso, son sagradas la vida y la propiedad ajenas, y este principio (que la parte más antigua de los Vedas inculca al pueblo como precepto sagrado de los dioses), supone un grado de cultura moral admirable en tan remotísima época. Pero es indiscutible que donde se inculcan leyes morales hay quien contraviene á ellas, y por eso hablan los himnos de los

Vedas también de malvados y perversos, como aquellos que ocultamente visitan mujeres de otros, faltando á la santidad del matrimonio, de la familia y de la vida doméstica. Lo mismo puede decirse respecto de la incredulidad y hasta de las creencias falsas que debían de existir entonces aunque en estado rudimentario, porque también recomiendan los Vedas con gran solicitud la fe, la fidelidad y la confianza en los dioses.

La religión, desde el punto de vista del reconocimiento y veneración de un poder divino, se llama en los libros Vedas *brahman*. Esta palabra significa el hábito que anima no solamente la vida intelectual, sino la historia entera del pueblo indio-arya. En el período de su historia primitiva, la voz *brahman*, ó sea el culto de lo divino, no había llegado á significar la divinidad suprema que después los sacerdotes y los devotos elevaron individualizada á la altura mayor que el sentimiento religioso del hombre es capaz de alcanzar, haciéndola fundamento y esencia de todo lo existente y de todo lo que ha de existir. Tampoco hubo en aquel período remoto brahmanes que se impusieran como sacerdotes y maestros únicos iniciados en la doctrina de la esencia divina, y únicos encargados de enseñarla. En aquella época remotísima de ideas sencillas y poco definidas, se entendía por *brahma* todo acto de devoción sincera, y por *brahman* toda persona que desde lo más íntimo de su ser rendía de una manera ú otra, ya en forma de oración, ya en otras ó en su conducta, tributo á lo divino. *Brahma* era la simple exclamación que desde el pecho angustiado ó agradecido se dirigía á la divinidad, como el himno piadoso, el cántico sagrado (*mantra*), ó todo otro acto de respeto, veneración y amor dedicado á la divinidad. De suerte que puede llamarse *Brahma* toda la colección de escrituras sagradas comprendidas bajo el nombre de Vedas, y así han llamado efectivamente muchos autores indios á esta colección. Por esto, existía ya en la época más remota que nos presentan los himnos de los Vedas, el germen bien pronunciado y vigoroso de la religión de *Brahma*, ó sea del culto de lo divino y los actos piadosos y devotos, y existía también la oración y la meditación religiosa que uno de los himnos más antiguos llama «la potencia que sostiene el cielo y la tierra que vigoriza y mantiene en acción á los mismos dioses, y que éstos á su vez provocan y fomentan; pues cuan-

to existe y obra proviene de los dioses». Así es que el hombre religioso y devoto, no debe ofrecer á los dioses sino lo mejor de lo mejor, porque no hace más que restituir á los dioses una mínima parte de lo que éstos le concedieron; y dice otro himno: «No debe mirar los dones y riquezas que le conceden los dioses como producto de una cabeza de ganado que con sus crías llena sus apriscos, y no debe regocijarse con egoísmo de su riqueza.»

La oración es considerada ya por los himnos antiguos como otra ofrenda y otro sacrificio presentados á los dioses, como lo son también los mismos himnos, la recitación de sentencias piadosas y el canto sagrado. Sin embargo, el pueblo indio en el período de su existencia en que se compusieron los himnos de los Vedas, era un pueblo de pastores y de guerreros robustos, que no tenía tiempo para dedicarse á la vida puramente contemplativa. Por eso algunos himnos excitan á los que oran á ser también activos, porque también lo son los dioses, como Savitar, el dios Sol que nunca descansa y que á sí mismo glorifica... «Como Indra que, muy diferente de los que indolentes se contentan con recitar oraciones, sustentando con fuerza juvenil el cielo y la tierra, proclama á voces su celo y actividad.» Estos y otros pasajes evidencian el vigor y entusiasmo juveniles en que rebotaba durante aquel período la rama aryo-india, pero en la cual vivía ya latente la tendencia á la vida contemplativa, ascética y extática que después lo dominó todo y se elevó cual potencia suprema hasta por encima del mundo de los dioses. Tan pronunciada era esta tendencia á un mundo espiritual, al cual conduce la oración sincera y ferviente, que en los escritos védicos del período más moderno figura ya la divinidad «el soberano y director de la oración, creación divina», llamada «Brihapati ó Brahmanaspati», el cual procura á los dioses sapientísimos su mayor dicha, la glorificación por los mortales. Este dios Brahmanaspati, hijo de Tvashtar, el obrero divino, goza en los himnos védicos posteriores igual consideración que Indra y Agni.

Otro acto de devoción era el sacrificio ofrecido á los dioses, que en una forma ú otra se ha practicado y se practica en todos los pueblos del mundo, en los más primitivos como en los más cultos, desde las simples ofrendas y sacrificios cruentos de animales y personas hasta la oración meramente mental. Al principio hace el

hombre los sacrificios dedicando á las fuerzas invisibles de la naturaleza una parte de lo que á él le causa satisfacción y placer, comestibles primero, animales, esclavos y objetos preciosos después; no por admiración ni respeto, sino para hacérselas propicias y obtener de ellas lo que más desea y le hace falta. Cuando se hace el hombre sedentario y reúne alrededor de un hogar propio y fijo una familia y adquiere propiedad, tierra, ganado, utensilios y provisiones, que excitan la codicia de sus semejantes ó pueden ser arrebatados por las fuerzas de la naturaleza, necesita más que nunca la protección de estas fuerzas, y entonces, personificándolas, las invita á su hogar, donde les enciende el fuego y les ofrece parte de sus alimentos. En esta situación del pueblo aryo-indio, sus antiquísimas divinidades Agni (el fuego), é Indra (las fuerzas elementales de la atmósfera, el viento y la tempestad), llegaron á la elevada categoría que desde entonces ocuparon en la imaginación de los dos pueblos, y recibieron de ellos los más gloriosos calificativos.

Cuando el hombre aprendió á preparar con el jugo de la *soma* (el hidromiel, ó acaso la vid que crece silvestre en el alto Punjab y que pronto fué cultivada), la bebida del mismo nombre, y experimentó sus efectos benéficos, divinizó esta nueva bebida y desde luego la añadió á sus demás sacrificios, creando, agradecido al nuevo don, la divinidad Soma y venerándola al nivel de Agni, con la cual aparece asociada en muchos himnos por figurar ambas divinidades en todos los sacrificios. Los mitos que se refieren á la invención del fuego y de la soma son muchísimos, é igualmente los calificativos que les dan los poetas. A Agni, representante del fuego, llaman «alimentado con manteca, dirigiéndose siempre hacia arriba, el que tiene por pendón el humo, radiante como el oro, irresistible, el que todo lo consume, el que devora impelido por el viento las selvas, barba de oro, diente aguzado, etc.» Al dios Soma lo llaman «corcel de oro, mata-penas, cura-enfermos, el que viste al desnudo, hace andar al cojo y devuelve la vista al ciego, el que anima al valiente», porque él mismo es el campeón que guía á los demás blandiendo arma terrible.» Matarisvan, cual otro Prometeo, bajó, según dice un himno, el fuego del cielo, y el águila llevó al hombre la planta *soma* desde las altas cumbres de las montañas peñascosas. Desde entonces supo el hombre producir el fuego ó lla-

mar á Agni, frotando dos palos, y preparar la soma prensando el zumo de esta planta. El guarda de la soma era Gandharva, según otro himno, el genio de los aromas que despiden las pintadas flores, por cuya razón era el arco iris la morada de este genio. Indra y todos los dioses, dice un himno, «son amantes del jugo dulce, meloso, picante y agradable de la soma...», y otro dice que esta bebida «llena los dioses de vigor como el sol llena con sus rayos la atmósfera». Otros dicen que los dioses la desean como el toro sediento en terreno seco desea el agua; que los dioses, y el primero Indra, son capaces de beberse cubas enteras de soma; que esta bebida les embriaga y les hace invencibles, y da á los hombres el don de la profecía, el entusiasmo y la alegría, confianza en los dioses y en sí mismos, y, en fin, bienes sin cuento. Un poeta piadoso compara el ruido plácido que hace esta preciosa bebida divina al pasar por el colador, á la oración de un santo, y llama al dios Soma «Adorador de los dioses, guía de los poetas, poeta inspirado entre los sabios, etc.» Aparte de esto, hay en los Vedas todo un libro de himnos dedicado á Soma, sin contar muchos otros himnos en los cuales se glorifica también á la misma divinidad en unión con otras, diciendo que su llama sagrada alumbraba todos los grandes sucesos de la vida, el nacimiento, el casamiento y la muerte y que ahuyenta de la familia á los espíritus enemigos, los gigantes y los monstruos. Para la soma sólo servía una planta determinada; del mismo modo que para producir el fuego el indio arya frotaba uno contra otro dos trozos de madera determinada, dura la una y blanda la otra. Para esta última se servía de un tarugo de *aqvattha* ó *Ficus religiosa* (higuera santa), y para la primera de un palito, *çami*, ó *Mimosa suma*. Estos árboles eran por lo mismo considerados tan sagrados como la soma.

No solamente entre los aryas, sino también en todos los pueblos primitivos, ciertas especies de árboles eran consideradas como sagradas, morada favorita de determinadas divinidades ó espíritus. Lo mismo sucedió cuando mucho después floreció en la India el budhismo, que entre otros considera todavía hoy la higuera como sagrada. En cambio el bananero es el árbol sagrado de los brahmanes.

Árboles con ó sin serpientes (éstas, como en la Biblia, símbolos de la tentación, y aquéllos como asiento de la ciencia divina, junto con la

rueda, símbolo del sol), figuran en casi todos los monumentos y esculturas antiguas de la India.

Ensalzando los sacrificios, recomiendan los antiguos himnos, al mismo tiempo que la oración, la actividad como una condición principal. Un himno dice: «Los dioses necesitan prensadores para hacer la soma; no son amigos del sueño»; y otro dice que el hombre tiene que imitar á los dioses, ser activo, incansable y trabajar con celo, á fin de que no destruya por sí mismo sus bienes y su prosperidad. «El que sacrifica primero es el preferido de los dioses.» No obstante, se hacían regularmente en las familias tres sacrificios diarios, por la mañana, al medio día y á la caída de la tarde, si bien de algunos himnos puede inferirse que estos tres sacrificios no se cumplían con regularidad absoluta. En cambio, es permitido suponer que además de estos sacrificios diarios y de los que se hacían para celebrar sucesos en la familia, se celebraban también otros más generales correspondientes á las estaciones del año. Estas, en un principio, para los indios aryas que contaban los años por inviernos, eran sólo tres: invierno, verano y otoño, á las cuales agregaron después la primavera y la estación pluvial á raíz del verano. También se celebraban con sacrificios las reuniones de tribus, cuando se habían de consultar asuntos y determinar empresas que requerían la cooperación de todos. Los indios aryas, muy al revés de los dasynes indígenas, no se ponían en campaña sin antes invocar el auxilio de la divinidad correspondiente, y para esto era indispensable ofrecerle el solemne sacrificio, y los demás actos de culto. Cantando himnos bélicos, que existen todavía en gran número, y recitando oraciones, poníanse los aryas en marcha, y con himnos de gracias y oraciones regresaban á sus hogares si habían sido victoriosos, obsequiando al dios protector con grandes sacrificios.

En los tiempos más antiguos no estaban ni podían estar los sacrificios tan reglamentados como lo estuvieron posteriormente cuando el uso y los sacerdotes habían creado reglas y preceptos, pero ya desde antiguo existían los himnos de Apri para hacer propicio á Agni, los cuales venían á ser una introducción al sacrificio que aumentaba la solemnidad de este acto. Para que se pueda formar idea de un sacrificio solemne y de las ceremonias y manipulaciones que lo acompañaban, vamos á dar á grandes rasgos la descripción de una de estas solemnidades

con arreglo á los datos contenidos en varios cantos de los Vedas.

Se trata de una victoria obtenida en batalla campal por los aryas-indios sobre los habitantes antiguos del país. Dabhíti, el caudillo de los primeros, estuvo en peligro de caer con los suyos en manos de los enemigos; pero gracias á su arrojo y astucia, no solamente salieron del peligro, sino que consiguieron una victoria, riquísimo botín en ganados y quedaron dueños de una dilatada comarca. Para esto habían efectuado el difícil paso de torrentes estrepitosos, y sorprendido y rodeado de noche al enemigo. Miles de dasynes quedaron muertos en el campo de batalla, y los corazones de los vencedores reboaban gratitud y veneración á Indra, el dios de los combates, en el cual Dabhíti y los suyos habían puesto su confianza. Por la noche quedaron hechos todos los preparativos para celebrar la victoria en el mismo terreno conquistado, con un grande y solemne sacrificio en acción de gracias al poderoso protector. Antes de amanecer estaban reunidos ya los vencedores en el anchuroso campo donde había de celebrarse la fiesta. En un sitio algo más elevado se hallaba el esforzado jefe rodeado de cantores de las familias de Gritsamada y Bharadvâya, célebres como compositoras de himnos. Brazos robustos se mueven para sacar fuego frotando los dos palos, ó, como dice un himno, «para sacar el dios Agni, de juventud eterna, de la madera en que se encuentra oculto», y apenas se produce la primera chispa, seguida luego de viva llama, estalla un inmenso grito de júbilo, y uno de los cantores saluda al dios que acaba de renacer con un himno de gloria. Entonces acuden hombres con leña que otros rocían de manteca derretida para engordar al dios recién nacido, que se apodera de la leña, la inflama, la hace cambiar de color y levanta su pendón de humo. Entretanto blanquea el cielo por la parte del Este, y los hombres extienden en el suelo hacia este lado hierbas frescas y olorosas para servir de asiento muelle á las divinidades invisibles, invitadas por Agni á participar del sacrificio. Las primeras que aparecen en el horizonte diligentes y ágiles son las del crepúsculo matutino, los gemelos Açvin, que en el combate del día anterior lucharon invisibles al lado del dios Indra. Ambos son saludados con un himno, y antes de concluir ya se ha enrojecido el cielo anunciando la salida del sol, y Ushas, la aurora, vestida de púrpura, apa-

rece alegre en el horizonte. Entonces, de mil pechos henchidos de júbilo surge otro himno para saludar á la diosa, de cuyo seno sale luego Súryâ, el dios Sol, cuyo primer rayo coincide con la llama de Agni, que en este momento sube en el aire, á lo largo de un tronco de árbol, que despojado de su corteza y untado de manteca acaba de ser plantado junto al fuego sagrado. Mientras los cantores celebran las glorias de Agni y antes que el dios Sol aparezca en el horizonte, los hombres acarrearán, unos leña, otros ramas frescas de soma, jarrones de esta bebida hecha ya con anterioridad, cubas de leche recién ordeñada, granos de cebada y maíz, y todo el mundo se mueve diligente, los unos cantando himnos y los otros trabajando para que nada falte cuando el Sol, el rey de los dioses, empiece su carrera diurna. Muchos hombres se ocupan en lavar los racimos de soma para que reluzcan limpios y tersos «como las tetas de una vaca de leche». Un grupo de hombres exprime el jugo de los racimos á medida que están limpios. Para esto han colocado encima de las cubas una armazón donde presan bajo piedras los racimos colocados entre gruesas tablas. Las de abajo están agujereadas para dejar paso libre al zumo, que cae sobre una piel de vaca y pasa de ésta á las cubas. Otros hombres filtran el zumo turbio al través de una manta ú otro tejido de lana y el mosto queda limpio. Otros grupos tuestan y reducen granos de cebada á harina y hacen tortas.

Preparado todo, á una señal, los prensadores, ó mejor dicho bataneadores de la soma, se detienen para no interrumpir el nuevo canto con el ruido de sus piedras. Los hombres se acercan al centro donde arde el fuego y donde está en su puesto elevado el jefe de la hueste y á su lado un cantor con una copa de madera en la mano derecha. Todos callan, porque Indra, el protector poderoso, va á ser glorificado por el poeta, que entona su himno en honor del dios «que mató al dragón, que sostiene el dilatado cielo, que llena con su ser los mundos y la atmósfera, que con sus rayos abrió á los ríos su cauce, derrotó al enemigo que tenía ya en su poder á Dabhíti, quemó su aparato de guerra, y entregó á sus devotos fieles los ganados y sus carros y caballos». La multitud repite al final de cada estrofa el estribillo: «¡Todo esto hizo Indra ebrio de soma!»

Después todos comen y beben. Los prensadores vuelven á su ruidoso trabajo mientras las trompetas y timbales guerreros llaman á los

aficionados á las luchas pacíficas y á las corridas de carro, diversiones que duran hasta el medio día en que se repite el sacrificio. Entre los himnos y oraciones, se cantan las alabanzas de los vencedores en las luchas y corridas, y de las personas notables. Entretanto excitan el apetito del pueblo los búfalos que se asan. El aroma del asado se esparce por el aire, y pronto los guerreros con sus familias se regalan echados en la hierba, con la sabrosa carne de los búfalos cogidos al enemigo y con la soma que circula abundante. Es de suponer que luego se reunirían los más distinguidos con el jefe para el reparto del botín, especialmente del ganado y del terreno conquistado. Grupos de jóvenes ejecutan alegres danzas; en otros grupos corren los dados, que desde remotos tiempos eran conocidos entre los aryas, jugadores apasionados como se infiere de sus himnos; otros cantan, y así continúa la fiesta, hasta que Savitar ó Púshan bajan con el carro de oro al horizonte entre los himnos de los cantores y se concluye la fiesta. Los que han tomado parte en la expedición con el objeto de aumentar su



Relieve del templo de Sachi representando una escena de culto con la rueda sagrada.

hacienda se vuelven con su lote de botín á sus casas, y los demás, deseosos de fundar un hogar en los territorios conquistados, se establecen en la parte que les ha caído en suerte.

CAPITULO II

La vida primitiva de los indios.

La casa y la vida doméstica.— Organización del pueblo indio. Un poeta indio pregunta á un dios: «¿Cuándo, oh Agni, se hizo patente tu esencia divina?» Y él mismo se contesta: «Cuando los mortales para invocarte te dieron un puesto en sus casas.» Los que un día después de la celebración de la victoria se hallaban en el puesto elevado para los sacrificios, pudieron observar los fuegos sagrados encendidos por las cabezas de familia en el terreno que les

había caído en suerte ó que ellos habían elegido. Los fuegos señalaban el puesto donde cada uno iba á construir su casa.

La casa de los antiguos Vedas quizás se diferenciaba poco de la vivienda de sus antecesores aryas, sobre la cual nos dan escasísima luz las poesías más antiguas. Hasta el nombre con que la designan (*dama-s*, en latín *domus*), encierra la idea de dominio y de propiedad territorial más que la de edificio. Pero las poesías védicas posteriores confirman y amplían estos datos lo suficiente para comprender que las casas antiguas citadas por los Vedas, eran muy semejantes, no sólo á las de sus antecesores y á las de sus todavía lejanos sucesores, sino probablen-

te también á las que muchísimo tiempo después encontraron los griegos á orillas del Indo, es decir, que eran de madera, material que abundaba en las faldas de las sierras, y cuyos habitantes desde muy antiguo eran prácticos en trabajarlo. Fijábanse sólidamente en el suelo, cuatro, seis ú ocho postes principales con otros intermedios, según la superficie que el constructor se proponía cubrir, y sostenidos además á plomo por puntales clavados en tierra. Estos postes sostenían en su extremo superior vigas sobre las cuales descansaba la techumbre de dos pendientes cubierta de cañas, paja, esteras, ó quizás también, de tejas de tabla. Los postes, vigas y piezas principales de la techumbre estaban unidos entre sí con clavos de madera ó tiras de cuero, y el espacio entre los postes, ó sean las paredes, estaba cerrado con cañas trenzadas de bejuco ó de cualquier otro material flexible. En los costados y en la pared de fondo (porque la parte anterior donde estaba la entrada queda-

ba libre), se añadían otras barracas análogas á la principal, para los ganados, las provisiones y los dormitorios, á medida que estos aposentos se hacían necesarios. Se cerraba la entrada prin-



Bajo relieve del templo de Sachi representando una escena del Ramayana.

cipal con una puerta movable que giraba y se tenía sujeta con correas. Esta era, con poca diferencia, en principio, la morada del arya antiguo y sedentario; en substancia, una choza de pastor ambulante ó seminómada construída con más solidez y mayor holgura para que pudiera durar más tiempo y servir de morada permanente. Todos los datos que tenemos, aunque en su mayor parte de época muy posterior, indican que las moradas particulares, lo mismo que los templos, tenían la forma circular. Los monumentos arquitectónicos religiosos más antiguos de los indios son los *topes* ó *stúpas* budhistas, construcciones circulares, pequeñísimas unas y muy grandes otras, sobre una base cuadrada ó redonda, que rematan en una cúpula ó semiesfera no hueca y que por lo mismo no forma bóveda. El todo llevaba un remate que figura la higuera sagrada á cuya sombra Budha solía entregarse á sus meditaciones. Alrededor de estos santuarios había uno ó varios círculos formados por pilastras altas y delgadas con un pequeño coronamiento, cada una de una sola piedra.



Una dama india.

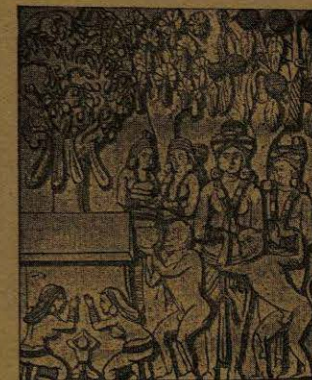
En las esculturas budhistas más antiguas, se ven figuradas muchas construcciones circulares cubiertas en forma de cúpula. Allí se ven toda clase de figuras, hombres pacíficos y guerreros mujeres ocupadas en faenas domésticas, aventando granos, machacando trigo en almireces, haciendo pan en forma de tortas ó galletas; ganados, bueyes, carneros y cabras, altares y escenas religiosas.

Enfrente de la entrada de las casas ó chozas particulares, quizás en el centro de la pieza principal, había un puesto dedicado al dios ó genio protector doméstico, Agni. Alrededor del hogar había asientos para los miembros de la fa-

milia, bancos, taburetes y aun lechos con sus almohadones, pues estos muebles son citados ya en los himnos antiguos. Otros mencionan como lecho, pieles de animales que por la mañana eran arrolladas, y hasta hablan de camas mullidas y de literas que usaban las mujeres. Se habla también de pesebres, artesones, cubas para la provisión de agua, cubos, fuentes, cucharas, escudillas y vasos, al parecer todo de madera, con frecuencia artísticamente tallado. Se adornaban de esculturas las armas y carros de guerra, y probablemente también los postes y jambas de las puertas de las casas más lujosas.

Es de suponer que en aquella época los arya-indios usaban vasijas de barro cocido y sin cocer, porque uno de los himnos más antiguos menciona tales vasijas y otros hablan de objetos de metal forjados y fundidos, como calderas, aros de hierro para ruedas de carro, hachas para carpinteros, cuchillos para sacrificar animales, hachas de guerra y puntas de lanza, que en tiempos más remotos usaban los arayos de piedra ó de madera dura, porque la palabra *svadhiti*, hacha, es también el nombre de una madera dura.

Cada familia fabricaba en su casa los utensilios y vestuario que necesitaba. Sacrificaba los animales cuya carne le servía de alimento; curtía las pieles; hacía sus carros de transporte y de guerra con todos los arrees necesarios; construía la casa y todos los objetos de uso doméstico y los adornaba á su manera. Poco á poco los hombres se fueron dedicando exclusivamente á uno ú otro de estos oficios y trabajaban para otros. Así leemos en diferentes himnos, que Ushas, la aurora, al aparecer en el horizonte ve á los hombres dedicarse á diferentes oficios para ganar la vida. Ve al carpintero y constructor de carros ir al bosque para cortar árboles, ó trabajar al pie de su banco; al carnicero, desollar la res que ha sacrificado y tender el pellejo al sol; al que hace copas, vaciar los tarugos de madera; al herrero junto á la fragua donde caldea el hierro y bate el oro, y otros



Bajo relieve del templo de Sachi. El héroe Rama auxiliado por los monos.